

Científicos con sensibilidad lingüística: escribanos sin derecho a borrón

Enrique Saldaña

Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca

En la mayoría de los entornos laborales en los que se desarrollan actividades intelectuales, las personas con sensibilidad lingüística solemos ser tan apreciadas como aborrecidas. Una vez que hemos adquirido fama de puntillosos, pejugeros, meticulosos, quisquillosos, puristas, escrupulosos, perfeccionistas o picajosos —que de estas y de otras muchas maneras se acostumbra a denominarnos—, esta reputación impregna las relaciones con nuestros compañeros de trabajo. Para ellos, el amante del idioma se convierte en un ser extraño al que todos acuden cuando se ven acosados por dudas lingüísticas, pero del que reniegan en cuanto realiza críticas o comentarios idiomáticos sin que se los hayan solicitado.

La etiqueta de partidario de la corrección lingüística conlleva una serie de efectos inevitables. Por ejemplo, los colegas que antes valoraban nuestra opinión profesional prescinden paulatinamente de ella. Es como si el miedo a recibir críticas sobre la forma de un texto o documento pesara más que lo que pudiéramos aportar a su fondo. Por irracional que suene, son muchos los que llegan a renunciar hasta a la más experta de las opiniones con tal de no quedar en evidencia por una coma de

más o de menos. Y así, poco a poco, se nos deja de pedir que revisemos escritos e informes o que formemos parte de comités y tribunales (y conste que este hecho no es del todo malo si se tiene en cuenta el tiempo que tales actividades requieren).

Otra consecuencia es que los que rodean al puntilloso se convierten en aves de presa deseosas de pillarle en un renuncio. Cualquiera puede escribir sin ruborizarse un texto atestado de errores, pero que no se le ocurra al lingüista aficionado poner una sola falta, porque sus colegas rápidamente se lo reprocharán, e incluso airearán el descuido. Da la impresión de que piensan que el que a uno le guste la corrección debería inmunizarlo contra todo tipo de errores ortográficos, tipográficos, semánticos o sintácticos; se mantienen, así, al acecho con la esperanza de gritarle al mundo, ante el más mínimo desliz, que los que gustan de hablar bien y escribir mejor son los únicos escribanos sin derecho a borrón.

Hace pocas semanas, un buen colega mío (llamémosle «Pablo») recibió una excelente noticia: un enjundioso texto científico suyo, publicado originalmente en inglés, se había traducido al japonés. Lleno del lógico orgullo, nos envié a sus compañeros de trabajo una copia del documento en formato pdf, acompañada del siguiente mensaje, que reproduzco sin modificar nada más que el nombre del autor:

Os adjunto la ultima publicacion por si os resulta interesante,
Sera curioso ver que comentarios linguisticos tiene esta vez el Dr. Saldaña
pablo

No oculto que el mensaje me escoció un poco. Resultaba evidente que mi colega pensaba desquitarse de las veces que yo le había enmendado textos en español y me estaba tendiendo una trampa con la esperanza de que yo reconociera mi incapacidad de mejorar el texto japonés. Abrí el documento y, como temía, no entendí una palabra, pues estaba escrito íntegramente en caracteres orientales. Pero, a pesar de que el japonés no figura en absoluto entre mis habilidades idiomáticas, el reto parecía demasiado tentador como para dejarlo pasar, y esto es lo que le respondí:

Me temo, Pablo, que tu texto es sumamente mejorable. Tu mensaje, de tan sólo veintitrés palabras, contiene las siguientes faltas:

1. «ultima»: Este adjetivo femenino es palabra esdrújula; debería llevar tilde en la «u».
2. «publicacion»: Se trata de una voz aguda terminada en «n». Como la última sílaba contiene el diptongo «io», debería llevar tilde en la vocal abierta tónica, que es la «o».
3. La primera línea del mensaje termina con una coma. Da la impresión, no obstante, de que esta línea contiene una frase completa, y esta idea se desprende tanto de su contenido semántico como del hecho de que la primera palabra de la siguiente línea comience con mayúscula. Si es así, el signo ortográfico correcto para cerrar una frase no es la coma, sino el punto.
4. La palabra «sera», que significa espuerta grande y deriva de la voz árabe hispana *saira*, es poco común, y me ha sorprendido ver que la empleas en este contexto: no sabía yo que existieran relaciones entre los textos científicos y las espuestas (aunque, si bien lo pienso, hay científicos que publican a espuestas). También me ha extrañado la falta de concordancia entre el sustantivo «sera» (femenino singular) y el adjetivo «curioso» (masculino singular). Una explicación alternativa es que no quisieras decir «sera» (sustantivo), sino «será» (tercera persona del singular del futuro simple de indicativo del verbo «ser»). Dado que «será» es palabra aguda terminada en vocal, debería habersele colocado una tilde a la «a».
5. La palabra «que» requiere un comentario particular, pues siempre ha sido asunto delicado la atildación de las voces monosilábicas. La voz «que» puede desempeñar múltiples funciones gramaticales. Puede actuar, por ejemplo, como pronombre relativo («El libro de Pablo, que es muy útil, se ha traducido al japonés») o como conjunción («Me dijo que el libro de Pablo se había traducido al japonés»); en estos dos casos, la palabra «que» no se acentúa. Sin embargo, en tu mensaje la voz «que» actúa como pronombre interrogativo en forma indirecta. La norma en nuestro idioma es que el pronombre interrogativo sea portador de una tilde diacrítica. La grafía correcta, por tanto, tendría que ser «qué», con tilde.
6. La palabra «linguisticos» es la mejor del mensaje, porque reúne dos faltas ortográficas. Por una parte, se ha omitido la diéresis, ese simpático signo diacrítico, a veces llamado también crema, consistente en dos puntos alineados horizontalmente que se colocan sobre la «u» de las sílabas «gue» y «gui» cuando se desea indicar que la vocal «u» debe sonar. Por otra, se trata de una voz esdrújula, y debe siempre acentuarse. Ya que la sílaba tónica contiene el diptongo «ui», integrado por dos vocales cerradas, la tilde debe ir sobre la segunda, en este caso la «i».
7. Da la impresión de que la segunda frase termina con la palabra Saldaña. Echo de menos el punto para cerrar la frase.

Para terminar, la voz «pablo» es un nombre propio y, como tal, debería comenzar con mayúscula. En resumen, parece que sí, que el Dr. Saldaña tenía algo lingüístico que decir.